

DOMINGO IV – PASCUA (CICLO A)

Hechos 2,14a.36-41.	<i>Dios lo ha constituido Señor y Mesías</i>
Salmo 22.	<i>El Señor es mi pastor, nada me falta</i>
1 Pedro 2,20b-25.	<i>Habéis vuelto al Pastor de vuestras vidas</i>
Juan 10,1-10.	<i>Yo soy la puerta de las ovejas</i>

COMENTARIO A LAS LECTURAS

Este es el domingo del **Buen Pastor**. Siempre leemos un párrafo del capítulo 10 de san Juan donde Jesús se define a sí mismo como el Buen Pastor. Es esta una imagen hermosa, profundamente arraigada en el Antiguo Testamento, para entender el amor y el conocimiento que Jesús tiene por todos y cada uno de nosotros. Así el salmo que hemos rezado lo dice de una forma bellísima y clara: *“El Señor es mi pastor, nada me falta”*; y desgrana, como en un rosario de obras concretas, lo que el Señor va haciendo continuamente en nuestras vidas con su providencia amorosa: *me conduce, repara mis fuerzas, me guía, me prepara un camino y una mesa, me protege, me unge, me acompaña...*

Pero en este ciclo A leemos del mismo capítulo donde Jesús se define también como la **Puerta de las ovejas**. Es una comparación preciosa. La puerta es aquello que separa y a la vez comunica dos estancias distintas permitiendo, o no, pasar de una a otra. Jesús por su condición humana y divina pone en comunicación el mundo de los hombres y el mundo de Dios: es Él es quien nos da acceso a Dios y a la vida plena que nos tiene prometida. Así explica Jesús como Dios derrama todo su amor y su gracia a través de él. Él ha abierto con la llave de su cruz la puerta del cielo y ya permanece siempre abierta para aquellos que quieran acceder a la vida del Padre. *Entrar por Cristo* significa ponerlo de modelo y de Señor de la propia vida. Es la única puerta de acceso a la salvación y a la gracia, por eso no podemos perder su camino.

Esto debemos entenderlo bien. Tenemos que poner a Jesús como verdadero protagonista y único salvador (única puerta de salvación). Quien intenta prescindir de él o saltarse su palabra queda fuera. Sólo a través de Jesucristo accedemos a la vida abundante que él nos regala.

En nuestro mundo se nos presentan muchas puertas, pero sólo una abre para poder entrar en la vida de Dios. Sólo Cristo abre al camino que no decepciona. Es una puerta que protege, que da seguridad frente al peligro y el engaño. Debemos conocer su voz, como una especie de contraseña, al igual que las ovejas conocen la voz del pastor. Es una puerta para entrar y salir: *entrar* a la intimidad con Dios en la oración y en los sacramentos; y *salir* a la misión, en la vida cotidiana mediante el testimonio. Así el cristiano, que posee a Cristo, participa de la vida de las dos estancias que Cristo, como puerta, ha puesto en comunicación.

Él ha venido, dice, *para que tengamos vida y vida en abundancia*. Dios no quiere una vida mediocre y arrastrada para nosotros, sino una vida plena, en la que se nos podrán presentar problemas y límites, pero en la que tendremos el corazón lleno de vida, sentido y esperanza. Esto es también lo que nos transmite la primera lectura, cuando Pedro predica a Cristo crucificado y resucitado, que ha donado su Espíritu para salvación de todos.

SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

La Palabra de Dios se iba difundiendo por toda la región. ¿Difundimos la Palabra en nuestro ambiente? ¿La leemos y reflexionamos? El papa y los obispos, nuestros pastores, hoy nos hablan de transformar nuestras parroquias y comunidades en evangelizadoras y misioneras. ¿Cómo podemos ser evangelizadores en la Iglesia los mayores? Tenemos la imagen de la puerta que es Cristo. ¿Cómo podemos entrar en Él? Una sugerencia: entrar por Cristo cada día podemos hacerlo a través de la oración, escuchando su Palabra, viviendo con rectitud... Debemos rechazar las puertas falsas, como lo fácil pero vacío, o las que nos apartan de Dios y de los demás... ¿Lo hacemos?

PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL
